
Arte y Teología

(Pamplona, 14-16 de octubre de 2015)

Siguiendo el impulso del V centenario del nacimiento de santa Teresa, cuyo genio destaca por armonizar doctrina y libertad interior, inspiración artística y hondura contemplativa, el comité organizador del Departamento de Teología Histórica, presidido por el profesor Labarga, ha tenido la finura de convocar en torno a su fiesta, del 14 al 16 de octubre, a toda la comunidad educativa de la Universidad y en general a todos los interesados, especialmente a los teólogos y artistas, a unas jornadas de auténtico diálogo interdisciplinar. Era el XXXIV Simposio en la historia de la facultad y se publicitaba con el sencillo título de «Arte y teología», dedicando el primer día al misterio de Dios, el segundo a la figura de Cristo y el tercero a la visión de la Iglesia.

Interdisciplinar no significa sólo reunir, propiciando la mutua escucha y compenetración, artistas en relación con lo sagrado (como los arquitectos Joaquín Lorda, Ignacio Vicens, Carlos Naya, Juan Miguel Ochotorena, Maria Antonietta Crippa; los músicos Jordi-Agustí Piqué y Julián Ayesa, pintores como Federico Aguirre Romero, Juan José Aquerreta; escultores como Darío Fernández Parra, Javier Viver; críticos de arte como Ralf van Bühren, Juan Miguel González, Jerónimo José Martín...) y teólogos con intereses en las artes (como Félix María Arocena, José Luis Sánchez Nogales o Fermín Labarga, así como tantos asistentes). Aunque esto ya sería de por sí fructífero, se ha tratado, además, más que de un escucharse unos a otros, de ayudarse a percibir los misterios mismos de la fe desde la perspectiva del otro, de lograr esa verdadera sinfonía intelectual en la que se conjuntan oficios, personalidades e intereses dispares y aun tantas veces contrapuestos.

Por una parte, las inevitables conferencias, quedaron reducidas a puntos verdaderamente centrales (el valor religioso del símbolo, la fenomenología de la experiencia de Dios, la música litúrgica como culto vocal al Verbo, el misterio de la Iglesia como templo del Espíritu, la belleza de la existencia cristiana, los criterios específicamente cristianos del arte, la teología de los iconos, el rostro de Cristo) y se dejó suficiente espacio para las intervenciones vivas con los asistentes, que continuaron, después de comer, en las mesas redondas de esas dos tardes, sobre el servicio que la arquitectura y las artes plásticas pueden prestar a la fe. En las intervenciones vivas fue donde despuntó mejor la variedad de estilos de las diversas personalidades que intervinieron, con carácter tantas veces sapiencial y no solo erudito.

Desde el punto de vista experiencial, los numerosos participantes, provenientes de Atenas, Roma, Milán, Sevilla, Granada, Madrid, y desde luego los

locales, contaron con la posibilidad de saborear la música en un concierto en la catedral de Pamplona (a cargo de Julián Ayesa), de contemplar la exposición «Occidens» (montada en su día por el arquitecto y sacerdote Javier Aizpún) y de visitar el Museo, inaugurado unos meses antes, de la propia Universidad de Navarra.

Como recordatorio permanente de estos días de intercambios tan variados como fecundos, tenemos en lugar visible por todos en la facultad, un iconostasio moderno y cruciforme, obsequio del pintor iconógrafo Federico Aguirre Romero, donde los cuatro evangelistas en los ángulos encuadran la figura de Cristo, Señor de toda criatura, asistido por la súplica misericordiosa de María santísima y el santo Precursor, y orlado por los santos arcángeles Miguel y Gabriel. Es en sí mismo una prueba fehaciente de lo que puede llegar a hacer la técnica moderna cuando se coordina convenientemente con un arte que trasciende romas finalidades subjetivas y con una fe que respeta la tradición viva donde se asienta.

Dios, que en sí es invisible, inefable, inmutable y trascendente, ha querido plasmarse en la carne de su Verbo, para que esa misma carne –transfigurada por la hermosura del misterio pascual– pueda sentarse a su misma derecha. De ese doble movimiento depende la revelación, la liturgia, la existencia cristiana y el fundamento mismo no sólo de todo arte cristiano sino de todo cristiano que de verdad se dedica –verbo litúrgico por excelencia– al arte.

No en vano se puede encontrar cómo en los cuatro ámbitos principales de la doctrina cristiana –teología dogmática, bíblica, litúrgica y práctica (moral y espiritualidad)– se utiliza desde antiguo la misma categoría clave de todas las artes: hay un canon de belleza, como hay un canon en la fe, en la Escritura, en las acciones litúrgicas y en la existencia cristiana. Como hay cánones en la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, la literatura o el cine, cánones son los decretos conciliares que acotan dogmáticamente la revelación, los que reconocen en algunos libros la inspiración divina, los que marcan los textos y las acciones sacramentales, los que estructuran la vida misma de la Iglesia y la encarnan en cada cristiano («canonizable»). Por eso, se habla la misma lengua cuando el arte es verdadero y noble, pues arrastra al misterio de lo inefable, que cuando la expresión intelectual o práctica de la fe es auténtica y hermosa, pues hace visible al Invisible.

Eduardo TORRES
Universidad de Navarra
etorresmo@unav.es

